

El Paisajismo y su Compromiso en Colombia

Orlando Campos Reyes

La relación de los individuos con su territorio, se regula en la actualidad por los más diversos fenómenos dependientes de la dinámica de consumo que en el presente caracteriza nuestra sociedad, como consecuencia, la estrecha relación entre seres humanos y el espacio que habitan –particularmente el colectivo-, se ve trastornada por un sistema económico que ha copado labores que otrora fueran propiedad de otras disciplinas, la arquitectura no ha estado ajena a este proceso, perdió la injerencia y el liderazgo que en el pasado ejerció en las diversas propuestas que para nuestra espacialidad ejecutó.

Nuestra espacialidad se ha transformado de una manera considerable en lapsos de tiempo muy reducido. Este fenómeno espacial se ha iniciado en los ámbitos urbanos, pero ha extendido su radio de influencia hasta los más recónditos parajes rurales de nuestra geografía.

En esta “loca carrera”, la arquitectura colombiana –y con ella el paisajismo-, han estado ausentes de un cuerpo teórico que la delimite¹ o que arroje derroteros particulares que guíen la construcción de nuestros territorios; esta situación, deja a la deriva una

espacialidad con un paisaje a merced de fuerzas ajenas al espacio mismo, resignando al individuo a cumplir un papel pasivo de mero receptor de una espacialidad quizá desconocida para él.

Es de anotar que el paisajismo juega un papel fundamental en la concepción espacial de nuestra sociedad y particularmente en la noción pública de la misma, ya que, no se puede concebir un paisaje supeditado al concepto privado sino que su existencia está fundamentalmente articulada al concepto de lo colectivo y por tanto al de espacio público.

En una sociedad eminentemente visual, la noción de paisaje está fuertemente condicionada por el concepto de la imagen, ya que es a partir de ella, que los individuos inician la percepción del espacio que habitan y es precisamente con ella que consolidan cualquier tipo de relación.

El estudio de las imágenes de nuestras ciudades y de nuestros ámbitos rurales, cobra entonces, un valor particular desde la perspectiva de las implicaciones que estas imágenes conllevan para el bienestar de los individuos.

¹ Los investigadores colombianos en el campo de la arquitectura -y por tanto de su teorización-, aparecen en las últimas décadas con trabajos disciplinados desde su perspectiva individual, a pesar de lo cual, aún no componen argumento sólido al respecto.

Si bien, es cierto que el paisaje se percibe fundamental y primeramente por sus imágenes, no es menos cierto que éstas a su vez se constituyen por los más diversos instrumentos y “materias primas”. Del análisis de unos y otros se deriva una argumentación más completa para las propuestas futuras del paisaje de nuestro país.

Si nos regresamos en el tiempo –y para no ir más lejos-, hasta la época colonial, podemos contemplar una relación diferente entre los individuos y el territorio que ocupan. Si delimitamos aún más esta espacialidad y la definimos únicamente a los ámbitos urbanos, podremos evidenciar una relación de identidad entre las imágenes que constituían la espacialidad de esa ciudad y los ciudadanos a los que atañía, la arquitectura de entonces jugaba un papel protagónico en la edificación de esas imágenes, cada edificación era pensada en su relación con la ciudad, con el espacio público, con los otros edificios. No se concebía el edificio aislado sino más bien integrándolo a los demás, construyendo entre todos la imagen colectiva de la ciudad.² Además la arquitectura misma se pensaba para un espacio de tiempo considerable –a pesar quizá de la misma deficiencia estructural que pudieran tener los materiales y técnicas mismas usadas para la construcción-. Esta noción de perdurabilidad contribuía a fomentar unas identidades humano-espaciales sólidas en varias generaciones.

Con la llegada del movimiento moderno se han cambiado estas situaciones, nuevas imágenes han ocupado el

espacio nuestro, nuevos dinamismos han trastocado una dialéctica estable, nuevas disciplinas han desplazado a la arquitectura en su protagonismo de ciudad.³

La carencia de unos pensadores para las calidades de nuestros espacios...ha dejado a nuestro paisaje y a sus imágenes inherentes, al vaivén de otras fuerzas que no conciben el espacio del territorio como agente cualificador de la calidad de vida de los individuos...

El movimiento moderno centró su atención en las nuevas tecnologías constructivas y en las formas derivadas o consecuentes con aquellas y olvidó casi por completo la existencia de los contextos particulares a cada lugar, surge de allí el conocido vocablo de “arquitectura internacional” que supone unos postulados, unas formas y unas tecnologías constructivas aplicables a cualquier lugar del mundo sin distinciones de condiciones geográficas, sociales y culturales específicas a cada caso.

Salvo contadas excepciones, la arquitectura colombiana de la segunda mitad del presente siglo, quedó a merced de la repetición de estas formulas⁴ pero con el inconveniente

considerable que nuestra sociedad no se encontraba preparada ni técnica, ni culturalmente para asumir este nuevo espectro de espacialidad.

La carencia de unos pensadores para las calidades de nuestros espacios –en las épocas de mayor y más rápida transformación de nuestros hábitats-, ha dejado a nuestro paisaje y a sus imágenes inherentes, al vaivén de otras fuerzas que no conciben el espacio del territorio como agente cualificador de la calidad de vida para los individuos, y que por tanto trastocan la deseable relación entre ellos y el territorio que ocupan.

Las características de nuestro paisaje

El hecho de que nuestro paisaje este regulado por las fuerzas de mercado es fácilmente comprobable en cualquier eje comercial de nuestras ciudades, de allí se irradia una espacialidad caracterizada por la saturación de imágenes en pugna constante por captar la atención de un ciudadano, al que restringe a jugar un papel de mero consumidor. El espacio público está caracterizado por las imágenes particulares que mantienen una competencia constante, queriendo destacarse cada una, pero sin consideración alguna para los ciudadanos, para el conjunto de ciudad que conforman y menos aún para el lugar específico en que se localizan.⁵

El individualismo a ultranza, es sin duda, la idea subyacente en el aspecto de nuestro espacio público, allí la noción colectiva poca oportunidad

² Cfr. Hardoy Jorge E. y Dos Santos Mario R. En *Impacto de la urbanización de los centros históricos Latinoamericanos*. Proyecto Regional de patrimonio y desarrollo. PNUD - UNESCO. Ver particularmente págs. 54 y 55.

³ Es cierto que aún la arquitectura juega papeles importantes en algunos lugares de la ciudad y en la construcción de las identidades urbanas de esos lugares, pero también lo es, que en la mayoría de los casos, la imagen del espacio público está fuertemente condicionada por valores ajenos a las nociones colectivas.

⁴ Ya sea por la llegada a Colombia de arquitectos venidos de los contextos europeos –entre quienes destacan Karl Brunner y Le Corbusier-, o por la

formación de nuestros arquitectos en el extranjero, particularmente en Europa –como estudiantes o en pasantías hechas en los talleres de los arquitectos más prestigiosos del momento-.

⁵ Nuestros corredores comerciales, son la evidencia de un espacio público que se construye al gairete de unas ideas para la cualificación del mismo, proporcionando una evolución que se deshace primero del aspecto particular al lugar del que emergen y que luego consolida una imagen similar para todos los lugares de la ciudad.

Arquitecto

El paisaje del próximo milenio para nuestro país está necesariamente condicionado por los instrumentos específicos emanados de nuestras condiciones naturales, de nuestra evolución cultural y de nuestras posibilidades tecnológicas.

tiene para su implementación, ello propicia un espacio que agrade y que como consecuencia edifica una sociedad igualmente agresiva –o en el mejor de los casos apática-, nuestra sociedad es individualista o se fomenta a partir de esos valores.

Lo efímero es de igual manera otra de las características importantes de nuestro paisaje, las imágenes de nuestra ciudad subsisten en tanto den resultados económicos para quien las propone, dicho de otra manera “imagen que no venda no puede subsistir”. Cada imagen –y desde luego cada comercio-, tienen una oportunidad en un ámbito urbano, una oportunidad que está supeditada a los intereses mercantiles que del uso de ella se devengan, ello supone un estudio considerable en las imágenes propuestas para la ciudad por disciplinas muy distintas –lastimosamente-, a la arquitectura. Una imagen y un comercio que en un determinado ciclo no alcance las expectativas económicas y financieras esperadas, estarán condenados a desaparecer y desde luego a ser reemplazadas por otro comercio y otra imagen.

Se deduce del anterior enunciado un paisaje de ciudad en un continuo cambio, cuyo control dista mucho de estar en manos del estado, de la academia, y mucho menos de la ciudadanía. Un paisaje así, mutante, no permite o no propicia canales

de comunicación para establecer sólidas bases de identidad entre el espacio de la ciudad y sus ciudadanos.

El concepto efímero de nuestras imágenes está atado a su vez al concepto de lo desechable, la imagen es “usada y luego votada”, la percepción y los valores implícitos en ella se pierden muy rápidamente o quizá nunca alcanzan a construirse, nuestros ciudadanos no alcanzan a introspectar valores relevantes de sus imágenes, –primero porque no existen y luego, porque si existieran, su período de duración es supremamente pequeño-. El concepto de los recursos renovables tiene por contraposición un lugar que ocupar en las imágenes para un paisaje determinado, la arquitectura bien podría ocupar este lugar, una posición definida en torno a las imágenes para una sociedad sería base de cualquier propuesta arquitectónica que por ahora –y en la mayoría de las veces-, juega un papel al servicio del comercio.

Lo natural o biótico, parece no tener cabida o incidencia en la composición general de nuestro paisaje, su presencia actual es más bien accidental o provocada como consecuencia de acciones cívicas de un pasado ya remoto.

La geografía, la topografía, la vegetación muy poco se han asumido en un papel más relevante, a pesar de la vocación ambiental de nuestro territorio.⁶

Los instrumentos para la construcción de nuestros futuros paisajes

El paisaje del próximo milenio para nuestro país, esta necesariamente condicionado por los instrumentos específicos emanados de nuestras condiciones naturales, de nuestra evolución cultural y de nuestras posibilidades tecnológicas.

En primer lugar, reafirmar nuestra enorme condición biótica,⁷ como herramienta fundamental para la construcción de nuestros espacios colectivos, sin que ello implique –confusión constantemente evidenciada-, el hecho de que el ideal de construcción de nuestros espacios, se vea ceñido por la tendencia de diseñar remedando composiciones de la naturaleza –situación imposible por demás-. Esta situación solamente es posible a partir de una investigación profunda y sistematizada, con la participación de las más diversas disciplinas, en las que se conozcan las condiciones naturales, no solamente del país en forma general sino de cada territorio particular, que para el caso de Colombia es realmente importante.⁸

Las investigaciones bióticas de nuestro país, generalmente han tenido como fin último, adicionar un componente científico –casi siempre verificable-, para el medio ambiente de nuestro territorio, pero muy poco se han asumido en las posibilidades –que además del aporte ambiental-, podrían jugar en otros roles más cercanos a la percepción, al paisaje mismo, a la composición cromática, a los valores estéticos inherentes, ...etc.

En segundo lugar, se hace necesaria la inclusión de nuestros valores culturales, atados a un proceso crítico

⁶ Los más diversos estudios en el mundo, han demostrado unas condiciones de biodiversidad para nuestro país, que lo hacen figurar al tope del listado en los países del mundo, esta condición se ha venido mermando considerablemente por la falta de una investigación sólida en nuestras condiciones naturales y obviamente por la ausencia de una conciencia social al respecto.

⁷ Demostrada en un sinnúmero de tratados al respecto por los más disciplinados científicos y articulada por un territorio pródigo en sus condiciones naturales.

⁸ Es necesario recordar las disímiles condiciones naturales de territorios como el cundiboyacense, el llano, la amazonía, la costa atlántica, la costa pacífica, el valle, ... etc.

y exploratorio de forma que permita la valoración de nuestras imágenes actuales pero que a su vez proponga la construcción de unas nuevas, más acordes con las necesidades presentes y futuras de nuestra sociedad. De este proceso deben emerger las cualidades, las temáticas, las técnicas, las formas, los tamaños, los valores, etc., con las que un determinado ámbito – en principio urbano,⁹ referencie su espacio público. La formulación de estas imágenes, debe ser la pauta para unas nuevas posiciones y propuestas tanto de la arquitectura como de las demás disciplinas del diseño, en un paisaje que posibilite una real identidad entre los individuos y su territorio. Nuestro espacio público aún es muy azaroso, dependiente de los mercados, de las modas, de una cultura de la precariedad.

Nuestras posibilidades técnicas, constituyen a su vez un límite importantísimo en la edificación de nuestros paisajes, una sociedad en proceso de desarrollo debe evaluar sus reales niveles de tecnología y sus materias primas, a efectos de que sus propuestas no sean falsas imitaciones de otros contextos que aportan más elementos nocivos para los individuos, que las reales condiciones para enriquecer su espíritu de habitabilidad.

Pero todo lo anterior sería muy poco viable, si la sociedad en sí misma no asume sus reales compromisos. La academia, el estado, los agentes financieros y el ciudadano, requieren iniciar un proceso de reconocimiento de sus espacios, mediatizado a su vez por la formulación de unos pactos sociales que equilibren los beneficios para cada una de las partes.

La academia y el paisaje colombiano

Es la academia un escenario privilegiado en esta exploración sobre el actual paisaje colombiano y en la formulación de nuevas alternativas –aunque fueran argumentales-, para la construcción futura de nuestro paisaje, en la academia convergen de manera simultánea desde el experimentado profesor hasta el más novel estudiante, allí se debaten –o deberían debatirse- los temas de actualidad, los temas pasados y las posibles direcciones futuras, en ella está gran parte de la responsabilidad de abrir los espectros posibles y específicos a nuestra sociedad, en los componentes de nuestros espacios colectivos, en las directrices de nuestras imágenes para nuestro paisaje.

Las más innumerables formas de simulación para nuestro paisaje, están posibilitadas en la academia, los talleres y los trabajos de grado en arquitectura son lugares para la puesta en marcha de este proceso de experimentación, las investigaciones de los profesores –emanadas quizá a partir de sus intereses particulares aunque condicionadas por todo el escenario académico-, los constantes encuentros universitarios –ya sea como seminarios, conferencias, cursos de actualización, cursos de extensión... etc.-, la presencia continua de los más relevantes hacedores e investigadores en torno al tema específico o a temas cercanos, la posibilidad de complementar asignaturas electivas con este sesgo particular, el continuo aporte de los estudiantes desde su perspectiva inédita y en la confrontación quizá con un mundo más contemporáneo que los supuestos experimentados empezamos a desconocer –por hacer parte ya de otra generación o quizá por

simple capricho y empecinamiento en unas ideas quizá ya no consecuentes con una realidad que nos toca-.

A pesar de todas estas opciones, la academia aún no abordó consistentemente el tema del paisaje y su muy estrecha relación con el espacio público, las pocas aproximaciones en torno al asunto son todavía dispersas y faltas de continuidad, la investigación aplicada está definitivamente ausente del proceso académico y lo que es peor aún no se nota la urgencia de su implementación. En tal panorama, se hace imprescindible un viraje hacia una cuestión que cada día es más relevante para la disciplina y para la comunidad en general, en unas sociedades que cada vez, habitan más al margen de sus territorios, la vuelta en su mirada hacia ellos, hacia la construcción futura de los mismos, es parte del compromiso fundamental de la arquitectura y de la universidad.

⁹ También rural, aunque dependiente de las propuestas urbanas que por la incidencia que desde ellas se pueda trasladar, no olvidemos que nuestro país es esencialmente urbano y que los rumbos emergen de allí.